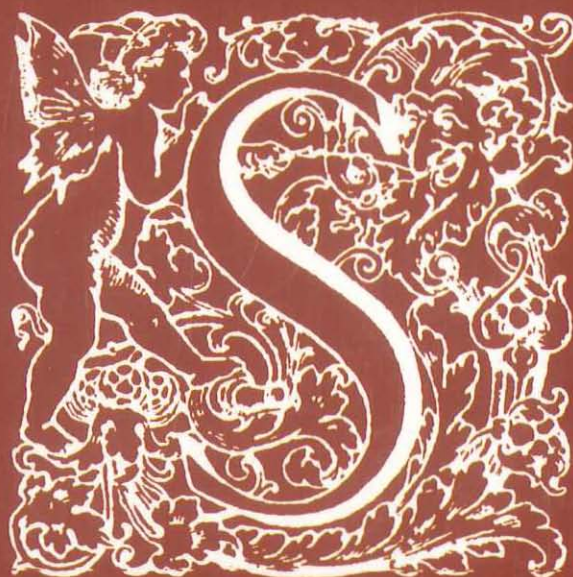


POLÍTICA Y CULTURA EN LA ÉPOCA MODERNA

(Cambios dinásticos. Milenarismos,
mesianismos y utopías)



Alfredo Alvar, Jaime Contreras,
y José Ignacio Ruiz (Eds.)



Universidad de Alcalá

POLÍTICA Y CULTURA
EN LA ÉPOCA MODERNA

(Cambios dinásticos. Milenarismos,
mesianismos y utopías)

Alfredo Alvar Ezquerro
Jaime Contreras Contreras
José Ignacio Ruiz Rodríguez
(Eds.)

**POLÍTICA Y CULTURA,
EN LA ÉPOCA MODERNA**

**(Cambios dinásticos. Milenarismos,
mesianismos y utopías)**



Universidad de Alcalá

© Universidad de Alcalá
Servicio de Publicaciones

ISBN: 84-8138-587-5

Depósito Legal: M-5.473-2004

Fotocomposición e Impresión: Solana e Hijos, A.G., S.A.

DE LOS REYES CATÓLICOS A CARLOS V: EL CAMBIO DINÁSTICO VISTO DESDE LA CORTE DE ROMA

Manuel Vaquero Piñero
Universidad de Roma La Sapienza

En los umbrales de la Edad Moderna, Roma, aunque colocada fuera del «sistema imperial español»¹, ocupó un puesto destacado en el proceso de consolidación de la Monarquía española en Italia. Según Fernando el Católico, la capital del Estado de la Iglesia era «plaza del mundo»² y por tanto, de lo que en ella ocurría dependía en buena medida el éxito o el fracaso de alianzas, tratados y empresas militares³. En un análisis somero, hay que recordar que a raíz de la invasión francesa de 1494⁴ y más en general de la ruptura de los equilibrios fraguados en la paz de Lodi (1454) para los estados italianos comenzó un siglo de divisiones, conflictos y efímeras treguas⁵ que sólo la paz de Cateau-Chambrésis (3-IV-1559) logró zanjar sentenciando la definitiva supremacía político-militar de España⁶.

En esta compleja trama de intereses y ligas que se creaban y se deshacían en poco tiempo, el Papa, además de cabeza de la Cristiandad, era, y como tal intervenía, Príncipe de un Estado⁷

¹ A. Musi, *L'Italia nel sistema imperiale spagnolo*, en A. Musi, *L'Italia dei Viceré. Integrazione e resistenza nel sistema imperiale spagnolo*, Cava de' Tirreni 2000, pp. 11-21.

² Baron de Terrateig, *Política en Italia del Rey Católico. 1507-1516. Correspondencia inédita con el Embajador Vich*, 2 vols., Madrid 1963, I, p. 67.

³ M.A. Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia española*, vol. IV, Madrid 1995, pp. 70-71.

⁴ D. Abulafia (ed.), *The French descent into Renaissance Italy, 1494-1495. Antecedents and effects*, Aldershot 1995.

⁵ R. Fubini, *Italia quattrocentesca. Política e diplomazia nell'età di Lorenzo il Magnifico*, Milano 1994; C. Vivanti, *La storia politica e sociale. Dall'età delle signorie all'Italia spagnola*, en *Storia d'Italia*, I/VI, Torino 1974, pp. 277-427; G. Pillinini, *Il sistema degli stati italiani: 1454-1494*, Venezia 1970; A. Tenenti, *L'età moderna. XVI-XVIII secolo*, Bologna 1980.

⁶ J. Lalinde Abadía, *La dominación española en Europa*, en M. Artola (ed.), *Enciclopedia de Historia de España*, vol. I, Madrid 1998, pp. 438-441; C. Vivanti, *La storia politica e sociale. Dall'età delle signorie all'Italia spagnola*, en *Storia d'Italia*, II/I, Torino 1974, pp. 277-427.

⁷ P. Prodi, *Il sovrano pontefice. Un corpo e due anime: la monarchia papale nella prima età moderna*, Bologna 1982.

que tenía que defender y si era posible, aumentar aunque ello comportara amenazar la integridad territorial de los reinos limítrofes, a comenzar por el de Nápoles. Dadas las aspiraciones tanto de venecianos como de Sixto IV (1414-1484) y ante la creciente debilidad del monarca napolitano Ferdinando I o Ferrante (ca. 1431-1494) los Reyes Católicos, apenas llegados al trono, consideraron imprescindible establecer una presencia diplomática permanente en la corte pontificia. A tal propósito en 1486 Íñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla (1442-1515), fue enviado a Roma⁸ y en esta ciudad desplegó una intensa y fructífera labor de mediación tanto para reducir el riesgo de revueltas nobiliarias en el reino de Nápoles como para exigir de Inocencio VIII (1432-1492) un comportamiento mucho menos hostil⁹. Una mediación que ya desde de los años ochenta del siglo XV demuestra la interdependencia existente entre Nápoles y Roma y así, no sorprende que Fernando II el Católico en 1507 después de haber transcurrido casi un año organizando la administración y el gobierno del reino napolitano¹⁰, dejase dispuesto a sus virreyes que si era preciso debían ayudar y socorrer al embajador de Roma. Se nota pues la vinculación entre ambas ciudades a comienzos del siglo XVI hasta el punto de que podríamos considerar Nápoles como una plaza eminentemente militar que debía vigilar la plaza política y, por aquel entonces, de máxima actividad diplomática, la Roma papal¹¹. De este modo y aunque todavía la historiografía al respecto no sea muy abundante, resulta legítimo hablar de una total y plena integración entre la capital pontificia y la capital napolitana a lo largo del primer tercio del quinientos, una relación que conservó su plena vigencia hasta la anexión del Milanesado (1535-1540) y la consiguiente creación de un eje Norte-Sur en la Península Italiana por entero colocado dentro del «sistema imperial español»¹².

Una vez constatada la crucial posición que tenía Roma para el éxito o el fracaso de buena parte de la política interior y exterior de los Reyes Católicos¹³, resulta comprensible que Isabel y Fernando, ajenos a cualquier proyecto de anexión militar, llegado el caso trataran de demostrar, muchas veces de forma indirecta, que el Papa y su ciudad debían adaptarse¹⁴ a

⁸ Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia*, pp. 100-105

⁹ D. Abulafia, *I regni del Mediterraneo occidentale dal 1200 al 1500. La lotta per il dominio*, Roma-Bari 1999, pp. 219-225.

¹⁰ A. Musi, *La battaglia di Cerigliona e i primi anni del governo spagnolo nel Mezzogiorno*, en A. Musi, *L'Italia dei Viceré*, pp. 91-107, para la reorganización del Reino de Nápoles por Fernando II, pp. 98-101. G. Galasso, *Alla periferia dell'impero. Il Regno di Napoli nel periodo spagnolo (secoli XVI-XVII)*, Torino 1994.

¹¹ Baron de Terrateig, *Política en Italia*, I, p. 55 e II, p. 14.

¹² Sobre la importancia de los dominios italianos en la monarquía española la bibliografía es muy abundante. J. M^a García Marín, *Monarquía Católica en Italia. Burocracia imperial y privilegios constitucionales*, Madrid 1992; id., *España, Italia y el peso del Imperio (siglos XVI-XVII)*, en J. M^a García Marín, *Teoría política y gobierno en la Monarquía Hispánica*, Madrid 1998, pp. 99-139; M. Fernández Álvarez, *Españoles e italianos en el Quinientos: el gobierno del Milanesado*, en *Pueblos, naciones y estados en la historia*, Salamanca 1994, pp. 57-76; L.A. Ribot García, *Milán, plaza de armas de la Monarquía*, «Revista de Investigaciones Históricas», 10 (1990), pp. ...; P. Chabod, *Storia di Milano nell'epoca di Carlo V*, Torino 1961; *Lombardia borbonica, Lombardia spagnola (1554-1659)*, ed. P. Pissavino — G. Signorotto, Roma 1995; A. Musi, (ed.), *Nel sistema imperiale. L'Italia spagnola*, Napoli 1994.

¹³ M.A. Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid 1999, pp. 250-255. En un reciente trabajo sobre la política exterior de los Reyes Católicos, no se incluye la relación con Roma, M^a I. del Val Valdivieso, *La política exterior de la monarquía castellano-aragonesa en la época de los Reyes Católicos*, «Investigaciones Históricas», 16 (1996), pp. 11-27.

¹⁴ E. Belenguier *Fernando el Católico. Un monarca decisivo en las encrucijadas de su época*, Barcelona 1999, pp. 23-1238.

los nuevos equilibrios europeos que se estaban fraguando al socaire del nacimiento de las grandes monarquías nacionales¹⁵. Se comprende de este modo que, Roma, desde finales del siglo XV, se convirtiera en meta y destino de una multitud de agentes, procuradores, enviados y embajadores¹⁶ —ordinarios y extraordinarios— cuya intensa labor alimentó una incesante circulación de cartas, mensajes y notas¹⁷ tanto para resolver los continuos problemas de índole eclesiástico que se generaban, como para transmitir puntuales instrucciones para saberse mover en la empantanada situación político-familiar de los estados italianos del Renacimiento¹⁸.

De cualquier forma, si por un lado se presionaba desde el exterior, por otro el desarrollo cultural e ideológico del Renacimiento permitía utilizar una amplia gama de recursos de comunicación y propaganda¹⁹ los cuales, adecuadamente manejados desde el interior de la ciudad, consentían difundir un mensaje político claramente favorable al proceso de legitimación del poder de los Reyes Católicos²⁰. Algunos episodios son bastante conocidos, otros mucho menos. Entre los primeros cabe citar la construcción de la iglesia-convento de San Pietro in Montorio²¹, templete de Bramante inclusive, la solemne entrada del ya recordado Conde de Tendilla o por citar un tercer ejemplo, las magníficas fiestas organizadas en 1492 tras la toma de Granada²². En todas estas circunstancias, ya a través de símbolos permanentes —un edificio religioso estratégicamente emplazado— ya utilizando medios secundarios²³ —imponentes ceremonias públicas— lo que se perseguía era transmitir un elocuente mensaje político: el creciente poder de la monarquía española tenía su puntual reflejo en la capital de los Papas que, aun no queriéndolo, de hecho se transformaba en alegórico escenario al ser-

¹⁵ J.A. Thomson, *Popes and Princes 1417-1517. Politics and Polity in the Late Medieval Church*, London 1980; M. Artola, *La monarquía de España*, Madrid 1999, pp. 258-265.

¹⁶ Entre 1474 y 1498 he contabilizado en Roma unos 34 embajadores, en su mayoría castellanos, Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia*, pp. 72-133. E. Buceta., *Contribución al estudio de la Diplomacia de los Reyes Católicos. La embajada de López de Haro a Roma en 1493*, «Anuario de Historia del Derecho», 6 (1929), pp. 145-196; Id., *Nuevos datos sobre la diplomacia de los Reyes Católicos, minutas de las instrucciones para la Embajada de Roma en 1493*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», 97 (1930), pp. 331-359; J.M. Nieto Soria, *La nación española de Roma y la embajada del Comendador santiaguista Gonzalo de Beteta (1484)*, «Anuario de Estudios Medievales», 28 (1998), pp. 109-121; A. Rodríguez Villa, *Don Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», XXVIII (1896), pp. 180-292, 364-402, 441-474; XXIX (1897), pp. 4-69; A. de la Torre, *Don Juan Margarit, embajador de los Reyes Católicos en Italia*, Madrid 1948.

¹⁷ Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia*, pp. 415-426; A. De la Torre y del Cerro, *Documentos sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, 6 vols., Barcelona 1949-1966; L. Suárez Fernández, *La política internacional de Isabel la Católica. Estudios y documentos*, 5 vols., Valladolid 1965-1972.

¹⁸ Para defender los intereses de cada respectivo reino, tanto Isabel como Fernando solían mandar a Roma sus propios embajadores; una prueba de «autonomía» que a veces pone en tela de juicio la posibilidad de hablar de una verdadera política exterior común, Val Valdivieso, *La política exterior*, p. 26, nota. 47.

¹⁹ M.A. Visceglia, *Cerimoniali romani: il ritorno e la trasfigurazione dei trionfi antichi*, en *Roma, la città del papa. Vita civile e religiosa dal giubileo di Bonifacio VIII al giubileo di papa Wojtyła*, Roma 2000, pp. 113-170; *Cerémonial et rituel à Rome (XVI-XIX^e siècle)*, M.A. Visceglia - C. Brice (eds.), Rome 1997.

²⁰ J.M. Nieto Soria (ed.), *Orígenes de la monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid 1999.

²¹ F. Cantatore, *La chiesa di San Pietro in Montorio a Roma: ricerche ed ipotesi intorno alla fabbrica tra XV e XVI secolo*, «Quaderni dell'Istituto di Storia dell'Architettura», n. ser. 24 (1997), pp. 3-34.

²² M^oD. Rincón González, *Historia Baetica de Carlo Verardi (Drama humanístico sobre la toma de Granada)*, Granada 1992.

²³ R.L. Lopez, *Ceremonia y poder en el Antiguo Régimen. Algunas reflexiones sobre fuentes y perspectivas de análisis*, en *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*, Pamplona 1999, pp. 44-46.

vicio de una potencia extranjera²⁴. Además de los casos apenas reseñados, otra amplia serie de celebraciones y acontecimientos, todos ellos fechados durante los últimos años del siglo XV, consienten apreciar las numerosas ocasiones de exaltación nacional que brindaba la Roma renacentista. Así, por ejemplo, a comienzos de 1497 Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), después de haber derrotado al pirata que desde castillo costero de Ostia impedía el paso de naves y mercancías por el río Tíber, fue recibido por Alejandro VI y el Colegio Cardenalicio quienes lo nombraron «liberador de Roma»²⁵; en esta circunstancia, el «Gran Capitán», emulando las gestas los antiguos emperadores, desfilaron triunfante por la ciudad y haciendo gala de las virtudes de los vencedores, se mostró clemente con los prisioneros y generoso con los habitantes de la ciudad para quienes solicitó y obtuvo la reducción de los impuestos por las carestías sufridas. Constituye un aspecto muy elocuente de la capacidad de transformar Roma y su legendaria herencia en un grandioso instrumento de comunicación y propaganda.

Ni siquiera un año más tarde, otro acontecimiento de honda trascendencia suscitó gran revuelo y desde un cierto punto de vista, señala el cenit de la capacidad española de imponer un determinado modelo de comportamiento. El episodio que mejor demuestra, desde mi punto de vista, el amplio juego de interferencias en el que se insertaban los intereses españoles en Roma son las ceremonias organizadas por la muerte del Príncipe Juan²⁶. Para conmemorar esta trágica pérdida, se celebraron dos actos litúrgicos: uno en la Capilla Papal situada en la basílica de San Pedro y otro en la iglesia castellana de Santiago de los Españoles²⁷. El primero, la función religiosa en la capilla vaticana, creó graves problemas con ciertos sectores de la Curia porque en este lugar, así lo disponía el meticuloso ceremonial pontificio, sólo podían celebrarse misas y exequias en honor de papas, cardenales, emperadores y reyes, no era previsto ningún tipo de excepción en caso de muerte de un príncipe²⁸. Aunque muchos se demostraron contrarios, Alejandro VI al final autorizó tal celebración y esto fue posible porque, como comenta con cierta dosis de ironía el maestro de ceremonias Juan Burcardo, había que obedecer a los «españoles dominantes». También la ceremonia organizada en la iglesia de Santiago de los Españoles no dejó de suscitar fuertes polémicas; la razón, en este segundo caso, estriba en la construcción de un fastuoso aparato efímero, un *castrum doloris*, cuyas dimensiones y características arquitectónicas suponían una absoluta y radical novedad en el panorama romano. En su conjunto, ambas ceremonias, tanto la celebrada en San Pedro como la de Santiago de los Españoles, demuestran el interés que tenían

²⁴ M. Miglio, *L'immagine del principe e l'immagine della città*, en *Principi e città alla fine del Medioevo*, S. Miniato (Pisa) 1996, pp. 315-332.

²⁵ Paolo Giovio, *La vita di Consalvo Ferrando di Cordova detto il gran capitano*, tradotto per M. Lodovico Domenichi, Firenze 1550, pp. 64-67.

²⁶ M. Vaquero Piñero, *I funerali romani del principe Giovanni e della regina Isabella di Castiglia. Rituale politico al servizio della Monarchia spagnola*, en *Roma di fronte all'Europa al tempo di Alessandro VI*, Actas del Congreso, Città del Vaticano - Roma, 1-4 dicembre 1999 (en prensa). De estos importantes funerales no se habla en dos recientes obras sobre la vida y la muerte del Príncipe, A. Alcalá - J. Sanz, *Vida y muerte del Príncipe Don Juan*, Valladolid 1999; L. Cardaillac, *L'Espagne des Rois Catholiques. Le prince don Juan. Symbole de l'apogée d'un règne, 1474-1500*, París 2000.

²⁷ Sobre la iglesia-hospital castellana en Roma, J. Fernandez Alonso, *Santiago de los Españoles en el siglo XVI*, «Anthologia Annua», 6 (1956), pp. 9-122; M. Vaquero Piñero, *La renta y las casas. El patrimonio inmobiliario de Santiago de los Españoles de Roma entre los siglos XV y XVII*, Roma 1999.

²⁸ G. Moroni, *Le cappelle pontificie, cardinalizie e prelatizie*, Venezia 1841.

influyentes miembros de la comunidad castellana en Roma de utilizar la muerte del príncipe Juan para efectuar una palmaria ostentación del poder y el destino divino de la monarquía de Isabel y Fernando.

No conviene pasar por alto que en una realidad urbana tan simbólica como la romana del Renacimiento²⁹, a través de ceremonias como las del Gran Capitán o del príncipe Juan, la población, la oligarquía local y los representantes de las demás potencias extranjeras percibían la progresiva transformación de las Coronas de Castilla y Aragón en una potencia cada vez más influyente en la realidad italiana. De ello eran perfectamente conscientes los numerosos españoles vinculados a la corte papal que recibían con gran júbilo cualquier noticia provenientes de los reinos ibéricos que pudiese implicar un mayor grado de dependencia del Papa con respecto a los Reyes Católicos³⁰. Sin embargo como agudamente puntualiza un diplomático veneciano, Alejandro VI aunque era de origen español jamás habría consentido que Italia cayese en manos extranjeras³¹. En esta frase se condensan los numerosos matices y contradicciones que convivían en la realidad italiana de finales del siglo XV porque el pontífice Borja, al mismo tiempo que no ahorraba esfuerzos para crear una sólida señoría³², hacía todo lo posible para robustecer el poder central del Pontífice, incluso a través de la implantación en las comarcas más próximas a la ciudad de una Santa Hermandad semejante a la que Isabel y Fernando habían implantado en Castilla³³.

Atraídos por la dimensión de sus gestas y en pleno clima de devoción mesiánica, los humanistas italianos también sintieron la necesidad de dedicar su labor literaria a ensalzar a los Reyes Católicos³⁴. En concreto, uno de ellos, el noble romano Girolamo Porcari, en 1493 publicó una obra en la que pedía a Fernando que visitara la ciudad en un claro gesto de fusión del nuevo imperio cristiano con el de la antigua Roma³⁵. Aunque, como se puede apreciar, el reinado de Isabel y Fernando generaba ilusiones y grandes esperanzas de una radiante Monarquía Cristiana, entre los hombres de letras y cultura, el prematuro fallecimiento del único heredero y las graves incógnitas dinásticas que ello conllevaba no suscitaban ningún comentario o reflexión especial. Lo mismo ocurre algunos años más tarde, a finales de 1504, cuando llegó a Roma la noticia del fallecimiento de la reina Isabel de Castilla (1451-1504). Revelándose una fuente de primera mano, los que suministran más pormenores son los Maestros de ceremonias (Juan Burcardo y Paris de Grassis) y gracias a sus

²⁹ A. Esch, *Immagine di Roma tra realtà religiosa e dimensione politica nel Quattro e Cinquecento*, en *Roma, la città del papa*, pp. 7-29.

³⁰ A propósito de la flota enviada por los Reyes Católicos para ayudar al Papa, P. Negri, *Le missioni di Pandolfo Colleuccio a papa Alessandro VI (1494-1498)*, «Archivio della Società Romana di Storia Patria», 33 (1910), pp. 333-439, p. 428.

³¹ P. Negri, *Le missioni di Pandolfo Colleuccio*, p. 394.

³² M. Vaquero Piñeiro, *La signoria di Sermoneta tra i Borgia e i Caetani*, en *Sermoneta e i Caetani. Dinamiche politiche, sociali e culturali di un territorio tra Medioevo e età moderna*, Roma 1999, pp. 125-142.

³³ I. Ait, *La Santa Hermandad di Alessandro VI: il progetto di controllo militare del territorio pontificio*, en *Actas del Congreso, Alessandro VI e lo Stato della Chiesa*, Perugia 13-15 marzo 2000 (en prensa).

³⁴ F. Giunta, *Italia e Spagna nelle cronache italiane dell'epoca dei Re Cattolici*, en *Presencia italiana en Andalucía. Siglos XIV-XVII*, Sevilla 1985, pp. 139-174; G. Carlo Rossi, *I Re Cattolici in testimonianze letterarie e storiche italiane del tempo*, en *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, 1, Zaragoza 1955, pp. 47-72; B. Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la rinascenza*, Bari 1949, pp. 97-102.

³⁵ Biblioteca Apostolica Vaticana (desde ahora BAV), inc. VI/8. En 1520, otro humanista, Lorenzo Valla, escribía la obra *Historia Ferdinandi regis Aragoniae*.

puntuales crónicas podemos conocer las repercusiones que tuvo en Roma la muerte de la reina³⁶. Repitiendo lo ocurrido con el príncipe Juan, también para Isabel se solicitó la Capilla Papal, pero Julio II (1443-1513), según el cual las reinas, incluso las más piadosas y cristianas, gozaban de mucha menor dignidad y rango que los reyes se opuso a que en la basílica de San Pedro se organizara una misa o ceremonia simil en honor de la soberana difunta. Es evidente que debajo de tal negativa, rigurosa, si se quiere, desde un punto de vista teórico, en realidad lo que subyace es el ferviente deseo del papa Della Rovere de no crear la ambigua imagen de un pontífice italiano que simplemente se limitaba a acatar los deseos de los curiales más allegados a la difunta reina. Para el partido castellano, el rechazo de Julio II supuso, viceversa, un fuerte revés diplomático y de prestigio, y, si bien la investigación al respecto todavía esté al inicio, no sería del todo equivocado considerar el episodio de las exequias de Isabel la Católica el punto de arranque de una fase de las relaciones entre el Papado y la monarquía española caracterizada por el aumento de los puntos de roce y de la falta de confianza.

La intransigente posición del Papa impuso la organización de una suntuosa ceremonia religiosa en la iglesia castellana de Santiago de los Españoles. De este acto, celebrado el 16 de febrero de 1505, poseemos amplias y pormenorizadas descripciones mediante las cuales podemos comprobar la preparación de un tipo de representación litúrgico-política que a partir de este momento irá perfeccionándose hasta alcanza su máxima apoteosis artística y teatral durante el periodo Barroco³⁷. Sintetizando los resultados de trabajos anteriores, cabe decir que un enorme catafalco o *castrum doloris* ocupaba la nave central de Santiago de los Españoles, decenas velas iluminaban el interior de la iglesia, y todas las paredes y columnas estaban engalanadas con terciopelos negros, banderas, escudos e inscripciones que recordaban a los presentes la vida y los triunfos de la difunta. En 1505, como anteriormente en 1497, falta cualquier tipo de reflexión o consideración de índole político que consienta apreciar si los grupos dirigentes vaticanos y romanos eran conscientes de los graves interrogantes que se abrían en el futuro de la unión de las dos coronas³⁸. Bien es cierto que desde la óptica italiana este silencio es bastante comprensible. En efecto, para los estados apenínicos, después de 1505 la situación no cambió mucho porque con Fernando II, representante sobre todo de la continuidad³⁹, la idea de ruptura apenas fue percibida. Es posible que pensar que una reacción muy distinta se habría producido si el gobierno de los territorios italianos de la Monarquía española hubiese pasado por entero a manos de la Corona de Castilla, pero ésta eventualidad constituye una hipótesis difícil de verificar. Sólo en junio de 1506 se planteó un pequeño problema de respeto de la jerarquía entre los embajadores extranjeros presentes en la corte papal. Dicho mes llegó a Roma el embajador de Felipe I «El Hermoso» (1478-

³⁶ Vaquero Piñeiro, *I funerali romani*.

³⁷ J. Varela, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española*, Madrid 1990.

³⁸ Sobre el testamento de Isabel, L. Suarez Fernandez, *Claves históricas en el Reinado de Fernando e Isabel*, Madrid 1998, pp. 294-308; en general, sobre el reinado de los Reyes Católicos, Id., *España. Primera forma de estado*, en *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid 1998, pp. 131-150; Id., *La España de los Reyes Católicos: 1474-1516*, Madrid 1978 (Historia de España de Ramón Menéndez Pidal, t. XVI/1-I-II); Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*; J. Pérez, *Isabella e Ferdinando*, Torino 1991.

³⁹ En Nápoles Gonzalo Fernández de Córdoba fue sustituido por el aragonés Ramón de Cardona; asimismo, en Roma Bernardino de Carvajal dejó el puesto de Embajador al valenciano Jerónimo Vich. Un cambio de personas muy significativo que de hecho alzó a los castellanos del gobierno de Italia.

1506)⁴⁰ y a raíz de esto, después de muchos años de representación única, se volvió a crear la situación de dos embajadores diferentes, uno para Castilla y otro para Aragón; para solucionar esta doble representación se aplicó la vieja norma medieval que reservaba la precedencia al orador castellano⁴¹. Es el único episodio y se trata un caso del todo aislado, en el que la compleja situación española sale a relucir en la documentación más directamente vinculada a los círculos entorno al Papa.

A excepción de un breve apunte tras la conquista de Marsa al-Kabir en 1505⁴², el largo reinado de Fernando II el Católico casi no ha dejado huella documental alguna en los diarios o libros de ceremonias papales. Si comparamos esta escasez de noticias con la situación de los años precedentes notamos un cambio de orientación política. En cierto sentido, para Fernando II Roma ya no constituía un objetivo prioritario, seguía siendo, es obvio, un punto neurálgico que debía ser controlado para no debilitar lo que en realidad era el norte de la política fernandina en Italia, es decir el Reino de Nápoles como parte de un proyecto más amplio que englobaba todo el Mediterráneo⁴³. Este cambio de rumbo se aprecia muy bien en la actitud de los representantes regios en Roma. Si durante la época de los Reyes Católicos, Bernardino López de Carvajal —una de las figuras más prestigiosas de la corte papal⁴⁴— lo que había intentado era colocar la Santa Sede en la órbita de influencia de sus monarcas, Jerónimo Vich, embajador desde 1506, lo que en realidad parece perseguir es ante todo neutralizar la acción del Papa para evitar que éste llegue a ser un peligro para la estabilidad en el Sur de Italia. Son dos momentos bien definidos de la política internacional de la Monarquía española, primero con los Reyes Católicos y luego con Fernando II de Aragón.

Si lo tuviésemos que juzgar a la luz de los diarios o memoriales de los maestros de ceremonias, una fuente cuya rigidez formal no impide que se filtren los cambios y novedades que a nivel europeo van produciéndose a lo largo del primer cuarto del Quinientos, el reinado de Fernando II tuvo muy poco eco en la ciudad pontificia. Después de años de intensa relación, parece como si el estrato superior de la élite curial española asentada en Roma, sobre todo la castellana, no estuviese tan dispuesta a apoyar la política y los planes del soberano aragonés⁴⁵, y a la postre, el ímpetu desplegado entre finales del siglo XV y comienzos del XVI fue sustituida por una convivencia mucho más fría y tirante. En este sentido resulta bastante elocuente el desenlace del llamado «conciliábulo» de Pisa. En 1511 un reducido grupo de cardenales, encabezados por el otrora influyente Bernardino de Carvajal, declararon que no reconocían la autoridad del Papa Julio II. Ante esta clamorosa acción de ruptura

⁴⁰ BAV, *Vat. Lat.*, 5635, c. 224v. Se trataba del borgoñón Philibert Proudhomme, Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia española*, p. 287.

⁴¹ BAV, *Vat. Lat.*, 12270, c. 88v. Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia*, p. 521.

⁴² BAV, *Vat. Lat.*, 5635, c. 165r-v; J.M. Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid 1944, pp. 128-138.

⁴³ Artola, *La monarquía de España*, pp. 518-526; Suarez Fernandez, *Claves históricas*, pp. 195-226.

⁴⁴ T. Fernandez y Sanchez, *El discutido extremeño Cardenal Carvajal (D. Bernardino López de Carvajal y Sande)*, Cáceres 1981; M. Battlori, *Bernardino López de Carvajal. Legado apostólico de Alejandro VI en Anagni 1494*, «Miscellanea Historiae Pontificae», XXI (1959), pp. 171-188.

⁴⁵ Durante el corto reinado de Felipe «El Hermoso», sus embajadores en Roma, con la ayuda de Bernardino de Carvajal, hicieron todo lo posible para obstaculizar la política de Fernando ante Julio II; en concreto, se opusieron a que el rey aragonés pudiese intervenir en la concesión de beneficios y rentas perteneciente a iglesias castellanas, Ochoa Brun, *Historia de la diplomacia*, p. 289.

cismática, apoyada principalmente por el rey de Francia Luis XII (1462-1515), Fernando II prefirió comportarse con extrema cautela y en ningún momento se demostró partidario de sostener al purpurado que antaño había sido gran hombre de confianza de la reina de Castilla. Más bien todo lo contrario. El monarca aragonés no se opuso a que Bernardino de Carvajal (1456-1522) perdiese todos sus beneficios y rentas, entre ellos el rico obispado de Sigüenza⁴⁶.

Pese a que nos movemos en un terreno historiográfico todavía falto de suficientes estudios monográficos, la posición de Fernando II de hecho sentenció el fracaso de la iniciativa de los cardenales rebeldes y el desenlace del concilio de Pisa testimonia hasta que punto la consolidación del poder español en Italia dependía mucho de la capacidad de sacar partido de las circunstancias imperantes, incluso de las más adversas y complicadas. Si por un lado era innegable que el Pontífice a veces llegaba a ser un incómodo vecino, por otro, no es menos cierto, que su incesante labor diplomática consentía crear un magnífico colchón entre Francia y España. De aquí y visto que en 1511 lo que se quería evitar era el riesgo de agudizar el enfrentamiento armado entre ambas monarquías, al final Fernando II optó por la vía menos radical aunque ello supusiera dejar solo al cardenal Carvajal y con él, a un amplio sector de los curiales castellanos⁴⁷.

La falta de noticias cesa el martes 5 de julio de 1519 al llegar a Roma la noticia de la proclamación imperial de Carlos V⁴⁸. Con anterioridad y en contra de lo sucedido en 1505 con las exequias de Isabel de Castilla, el fallecimiento de Fernando de Aragón tuvo escasa resonancia⁴⁹. Comparando esta diferente reacción en la ciudad de los Papas, se comprenden mejor los profundos cambios madurados entre 1505 y 1516. Viceversa, el nombramiento de Carlos V (1500-1558) fue recibido —como recogen los maestros de ceremonias— con alegría y grandes muestras de triunfo «pro homines de natione hispanis»⁵⁰. Si la noticia de la elección llegó a Barcelona el 6 de julio, a Roma, ciudad dotada de un eficaz sistema de postas, lo hizo un día antes y por sus calles volvieron a oírse, como en los mejores tiempos de los Reyes Católicos, gritos a favor de España. La capital papal recobraba otra vez su antiguo papel de escenario al servicio, no como antes de la Monarquía, sino, desde ahora en adelante, del Imperio⁵¹. Se estaba produciendo un cambio dinástico trascendental pero también esta ocasión

⁴⁶ J.M. Doussinaguc, *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, Madrid 1946, p. 177.

⁴⁷ Aunque es prematuro para poderlo afirmar, en la política italiana de los Reyes Católicos cabría la posibilidad de separar los intereses geo-estratégicos de matriz aragonesa (Nápoles, Sicilia, Cerdeña) de los asuntos romanos en cuyo planteamiento el elemento castellano parece jugar un papel más destacado. De esta forma y en lo que podría ser un sutil juego de equilibrios entre ambas coronas, a una Nápoles aragonesa se le contraponía una Roma más castellanizada.

⁴⁸ BAV, *Vat. Lat.*, 5636, c. 286.

⁴⁹ He localizado únicamente la mención a una misa celebrada en la Capilla Papal, BAV, *Vat. Lat.*, 5636, c. 139r. Los grandes funerales por Fernando el Católico se organizaron en Bruselas, F. Checa, *El caballero y la muerte (Sobre el sentido de la muerte en el Renacimiento)*, «Revista Universidad Complutense», 1982, pp. 242-257.

⁵⁰ Nada más ser elegido, la fracción castellana de Roma solicitó la destitución del embajador Jerónimo Vich y ello «porque en roma ay muchos castellanso y sy el embaxador es castellano puede mandar a rroma por que todos se allegan a el y si es aragones esta en odio de todos», Barón de terrateig, *La embajada de España en Roma en los comienzos del reinado de Carlos V 81516-1519*, en «Anales del Centro de Cultura Valenciana», 42 (1958), pp. 119-210, p. 121. En Roma la ribaldía entre castellanos y catalanos-aragoneses era muy aguda, M. Vaquero Piñeiro, *Una realtà nazionale composita: comunità e chiese «spagnole» a Roma*, in *Roma capitale (1447-1527)*, Ospedaletto (Pisa), 1994, pp. 473-491.

⁵¹ M. Fernandez Alvarez, *España como Imperio (visión y perspectiva histórica)*, en *España. Reflexiones*, pp. 151-169.

la primera preocupación de los maestros de ceremonias fue la de comentar las consecuencias que podía tener para el Papa el acceso de Carlos V al trono del Sacro Imperio.

Por su parte, la posición de León X (1475-1521) era muy frágil. Giovanni di Medici había apoyado al otro pretendiente al trono imperial, Federico «El Sabio» de Sajonia (1463-1525) y tras la decisión de los príncipes electores⁵² se encontró en una situación de total aislamiento que intentó superar reforzando la alianza con Francisco I de Francia (1494-1547)⁵³. Si hasta entonces el Papa había sido una de las piezas angulares del tambaleante mosaico italiano, la nueva dimensión geográfica y militar que adquiría la entidad imperial creaba numerosos problemas para el Estado de la Iglesia. La primera reacción del Papa fue la de sumarse a las fiestas que estaban organizándose en la ciudad. Sin embargo, el maestro de ceremonias, siempre fiel intérprete de la tradición, desaconsejó tal efusivo gesto pues⁵⁴ Carlos V en cualidad de emperador y rey de los romanos tenía antes que reconocer su condición de cristiano al servicio incondicional de la Iglesia y del vicario de Cristo, el único que en realidad poseía la autoridad para legitimar la elección apenas realizada. Urgía, como primera medida, preservar la forma y los principios fundamentales de la transmisión del poder; sólo así se evitaba la peligrosa imagen de un Papa subordinado por entero a lo que otros decidían.

Pasados algunos días y tras la llegada del orador imperial con las cartas de Carlos V, el severo maestro de ceremonias, que quizás se daba cuenta de una situación completamente nueva, dio el beneplácito para que el Papa y su corte se sumasen a los festejos y pudiesen exteriorizar la alegría por la buena nueva recibida. A la sazón se iluminaron el palacio apostólico y el castillo de Sant'Angelo, grupos de músicos recorrían las calles de la ciudad, las campanas de las iglesias replicaron todo el día y la gente, como si se tratase de un normal día de fiesta, dejó sus quehaceres habituales⁵⁵. Como broche final, se organizó una solemne misa en la Capilla Papal en el curso de la cual el cardenal Colonna⁵⁶ leyó una oración de agradecimiento. Pese a ello, el comentario del maestro de ceremonias no va más allá, se ciñe estrictamente a aceptar un teórico mensaje de subordinación política y una muy ritual declaración de las obligaciones imperiales. Nada más que esto porque lo que importaba era salvaguardar el *status quo* hasta entonces imperante.

Después de un corto período de relativo equilibrio entre Francia y España⁵⁷, el 26 de febrero de 1525 se difundió por Roma la noticia de la captura del rey Francisco I a las puertas de Pavía⁵⁸. En un clima bastante confuso, entre los días 26 y 28 de febrero se pasó de un inicial júbilo español, a un efímero envalentonamiento del bando francés antes de la definitiva

⁵² M. Fernández Álvarez, *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid 2000, p. 108; M. Rady, *Carlo V e il suo tempo*, Bologna 1997, pp. 25-33.

⁵³ M. Gattoni, *Leone X e la geo-política del Stato Pontificio (1513-1521)*, Città del Vaticano 2000, pp. 225-258.

⁵⁴ BAV, *Vat. Lat.*, 5636, c. 288r.

⁵⁵ BAV, *Vat. Lat.*, 5636, c. 288r.

⁵⁶ Por medio de elaborados árboles genealógicos, algunos autores del siglo XVI pretendían desmortal que los Austrias eran descendientes directos los Colonna romanos, cfr. F. Edelmayr en este mismo congreso.

⁵⁷ Durante estos años destaca sobre todo la batalla de la Bicocca (27-IV-1522) que permitió al Emperador consolidar su posición en Lombardía.

⁵⁸ BAV, *Vat. Lat.*, 12421, c. 103v.

certeza de la supremacía de las tropas españolas y la captura del monarca galo. Aunque todavía queda mucha documentación por consultar, no se vislumbra en Roma ningún esfuerzo para intentar comprender lo había sucedido y las consecuencias que podía tener el hecho de que Europa quedase a merced de una sola potencia. Pero sobre la capital papal y su población se estaban cerniendo graves y hasta entonces jamás imaginados peligros. Una primera advertencia se tuvo en septiembre de 1526 cuando soldados y vasallos de la familia Colonna, tradicional aliada del Emperador⁵⁹, invadieron el Palacio Apostólico y lo saquearon⁶⁰. Los romanos no reaccionaron, más bien contemplaron lo que ocurría como si se tratase de un grandioso espectáculo teatral⁶¹. Sólo gracias a la enérgica intervención del embajador español, Hugo de Moncada (1476-1528), se recuperó la calma pero a un precio muy alto para Clemente VII (1478-1534) el cual, como señala su maestro de ceremonias, aceptó de muy mal grado la mediación del orador imperial. Con todo, se trataba simplemente de un adelanto de lo que iba a ocurrir el 6 de mayo de 1527 día fatídico en los anales de Roma en el que, al mando del duque Carlos de Borbón, un incontrolable ejército de mercenarios españoles, landsquenetes protestantes y aventureros italianos asaltaron las murallas de la ciudad y sometieron la Ciudad Eterna a un cruel saqueo⁶². En un contexto internacional profunda y radicalmente modificado⁶³, los grupos dirigentes vaticanos creían que hacia finales del primer cuarto del siglo XVI todavía era posible seguir practicando la vieja y zigzagueante táctica de concertar un sinnúmero de acuerdos⁶⁴. Sin embargo, el 6 de mayo de 1527 el péndulo dejó de moverse y los soldados imperiales se encargaron de dar carpetazo al mito humanista de la *Roma Felix*.

⁵⁹ M. Rivero Rodríguez, *Felipe II y el gobierno de Italia*, Madrid 1989; J. Hook, *Clement VII, the Colonna and Charles V*, en «European Studies Review», 2 (1972), pp. 281-299.

⁶⁰ BAV, *Vat. Lat.*, 12421, c. 108r-v.

⁶¹ M.L. Lenzi, *Il sacco di Roma nel 1527*, Firenze 1978, pp. 82-84.

⁶² A. Chastel, *Il Sacco di Roma 1527*, Einaudi 1983; F. Fernández Murga, *El saco de Roma en los escritores italianos y españoles de la época*, en *Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés*, Roma 1979, pp. 39-72.

⁶³ El 22 de mayo de 1526 el Papa, Francia, Venecia, Florencia y el duque de Milán habían firmado la Liga de Cognac para contener el poder español. De todos ellos, el aliado más débil —Roma— sufrió las peores consecuencias., E. Cochrane, *L'Italia del Cinquecento, 1530-1630*, Roma-Bari 1989, pp. 6-17.

⁶⁴ Sobre la posición de Carlos V durante el saqueo de Roma, García Marín, *Teoría política*, pp. 269-270.